tiempo que aquellas dos princesas habian abandonado el hábito relijioso para revestirse con las insignias de su jerarquía. Preguntadas las relijiosas, resulta de diferentes declaraciones que hacia ya nueve años que Eudoxia era la querida y la desposada del jeneral Glebof, el cual murió empalado.

Alexis estuvo detenido en Moscou durante esta y otras ejecuciones de sus mas adictos partidarios; y cuando hubo quedado solo, le arrastraron de las prisiones de Moscou á las de San Petersburgo. Luego que estuvo concluido el proceso, se convocaron los jueces y los obispos.

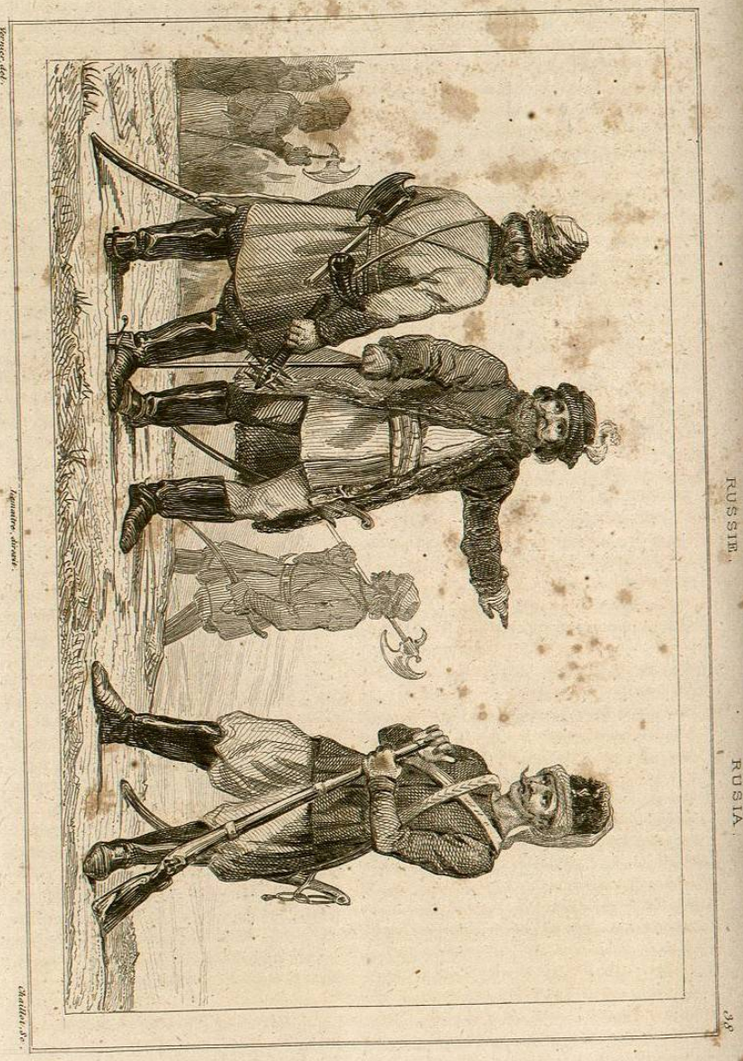
El 1°. de julio, el clero, á quien se consultó por separado, dió su informe por escrito. Principia estableciendo su incompetencia y la omnipotencia del soberano, y despues de algunas citas del Levítico, añade: «Si su Majestad quiere castigar al que está caido, segun sus acciones y sus crímenes, tiene ante sí ejemplos del Antiguo Testamento; si quiere usar de misericordia, tiene el ejemplo del mismo Jesucristo, que recibe al hijo descarriado que vuelve arrepentido; que deja en libertad la mujer sorprendida en adulterio, la cual ha merecido la lapidacion segun la ley; tiene el ejemplo de David que quiere salvar á Absalon, su hijo y perseguidor; porque dice á sus capitanes que querian marchar contra él: *No toqueis á mi hijo Absalon.* El padre quiso salvarle por sí mismo, mas la justicia no le salvó. El corazon del czar está en las manos de Dios; escoja el partido que le indique el dedo de Dios.»

En fin, ciento veinte y cuatro miembros, y segun Voitaire, ciento cuarenta y cuatro, pronunciaron á la unanimidad la sentencia de muerte. Luego que Pedro obtuvo esta decision, pareció afectado hasta verter lágrimas.

Al siguiente dia de la sentencia, fué, seguido de los grandes, á recibir los últimos jemidos de su hijo, y mezcló sus lágrimas con las suyas. Corrió la voz que escuchando Alexis la notificacion de la sentencia fatal, fué súbitamente acometido de apoplejía; se ha pretendido tambien que Pedro cortó la cabeza á su hijo con su propia mano, y que en seguida se adaptó la cabeza al cuerpo, cuando los restos del czarevitch fueron, segun costumbre, espuestos á la vista del público; pero, segun cuenta Bruce en sus memorias, murió envenenado, haciendo correr la voz de que habia muerto del ataque de apoplejía que le dió al oir la lectura de su sentencia.

Esto es lo mas verosímil, y toda la serie de aquel proceso monstruoso concurre á hacerle admitir como probable, y, por decirlo así, como el desenlace necesario y fatal de aquella grande y triste lucha entre la política y la naturaleza. Lejos de nosotros la idea de que el sacrificio no fué penoso. Las lágrimas que derramó Pedro sobre las cenizas de su desgraciado hijo fueron sin duda mas sinceras que las promesas que le habia hecho antes y despues del proceso; pero su posicion era muy diferente. La idea que despues de él seria destruida su obra, ahogaba en él todo sentimiento de compasion; mas cuando se dió el último golpe á la barbarie, cuando un velo de luto hubo cubierto todas sus venganzas, pudo jemir como hombre y como padre.

El año que siguió á la condena del czarevitch fué señalado con una multitud de reglamentos y establecimientos útiles. El clero ruso, previendo que la salud del soberano sucumbiria bien pronto á tantas fatigas y escesos, sembraba por todas partes predicciones siniestras sobre la suerte futura de las creaciones del czar. Petersburgo, segun los sacerdotes, debia ser próximamente tragada por las aguas, y la venganza del cielo no habia de salvar á ninguno de cuantos habian trabajado en levantar aquella ciudad impía. Para apoyar estas profecías, esponen á la vista del pueblo una imájen que llora sobre los males venideros de la nueva ciudad. Pedro se acercó un dia á la imájen milagrosa, é hizo ver á los que le rodeaban, cómo el aceite cuajado, chorreando á gotas por la cavidad de los ojos, obraba naturalmente el su-



Estrelitz.

Guardia polaca.

puesto prodijio.

El poder sin cesar creciente de la Rusia principiaba á alarmar seriamente á los demás estados de Europa. La dieta parecia decidida á dejar á la Prusia, á la Dinamarca y á la Polonia las provincias conquistadas á la Suecia, y á restituir á esta última cuanto habia ganado la Rusia, escepto San Petersburgo, Cronstadt y Narva. Descontentas la Inglaterra y el Austria con el asenso que daba Pedro á los planes de Goertz, habian manifestado sus disposiciones hostiles, la primera enviando una escuadra á Ulrica Eleonor, y la segunda haciendo salir de Viena al residente ruso. Pedro respondió á aquellas amenazas con preparativos formidables. Repentinamente desvastan sus escuadras las costas de la Suecia, y amenazan las cercanías de Estockolmo, no siendo menos dichoso en la Botnia occidental.

El gabinete de Estockolmo hizo proposiciones pacíficas: las circunstancias parecian favorables para una modificacion política. Ulrica habia hecho trasferir á su marido, Federico de Hese Casel, la corona que los estados le habian dado; y el nuevo rey, mal sostenido por sus aliados, deseaba aliviar á sus súbditos del peso de una guerra tan larga y ruinosa. No rehusaba Pedro entrar en negociaciones; mas aprovechándose de sus ventajas, sabia que obtendria mejores condiciones. Continuó pues las hostilidades, y redujo pronto á Federico á firmar la paz de Neustadt (1721). La Livonia, la Estonia, la Ingria, una parte de la Finlandia y de la Carelia, algunas islas de importancia, fueron definitivamente reunidas al imperio. A consecuencia de un tratado tan ventajoso, fué promovido Pedro al grado de almirante; el clero y el senado le saludaron con el nombre de *Grande* y de *Padre de la Patria*. En esta época le confirmaron las otras potencias en el título de emperador, con que le habian saludado la Holanda y la Inglaterra, despues de la batalla de Poltava. Estipulóse el cambio de los prisioneros; y Crenschild, prisionero desde el combate naval de Angout, pudo al fin volver á Suecia.

A esta época pertenece tambien la abolicion definitiva de la dignidad de patriarca, que se habia dejado vacante despues de veinte años, y el establecimiento del santo sínodo, que debió prestar juramento de obediencia al czar, como al jefe supremo del colejio eclesiástico. No obstante, poco tiempo despues, el clero se atrevió á pedir un patriarca; mas Pedro se levanta furioso, y dándose un golpe en el pecho con una mano, y dando con la otra otro golpe en la mesa con su cuchillo: «Ved, esclamó, vuestro patriarca:» y echando sobre la asamblea una mirada terrible, salió dejando á los miembros del sínodo mudos de terror.

A la vista de la multitud de trabajos de Pedro, en los pocos años que vivió despues de la condena de Alexis, diríase que aquel hombre estraordinario, arrebatado por su obra, tenia el presentimiento de su fin cercano. A la muerte del último hijo que le dió Catalina, habia manifestado la mas violenta desesperacion. Ajitado de convulsiones, habia rechazado los consuelos de su misma esposa; abatido por el dolor, habia, durante tres dias y tres noches, rehusado todo consuelo y hasta el alimento. Solo Dolgorouki pudo lograr vencer su obstinacion volviéndole en sí mismo con ideas de gloria. Aquel sabio y virtuoso senador amenazó echar abajo la puerta, declarándole que si rehusaba ser czar, se le nombraria un sucesor. Y cuando Pedro hubo por fin abierto, vió reunido todo el senado. A este aspecto, que le recordaba sus obligaciones, comprendió que no tenia derecho para disponer de una vida á la que estaban ligados tantos intereses.

Necesitaba aquel jenio activo una campaña para aliviarse de los desvelos administrativos. Dueño del Báltico, conocia la necesidad de establecimientos marítimos en el mar Caspio, y es probable que dirijia al mismo tiempo sus miras ambiciosas sobre el mar Negro, persuadido de que era necesario dar una salida á las ricas producciones de la Rusia meri-

dional. La paz con el Norte le permitia dirijir hácia el Oriente todas sus fuerzas. La Persia se hallaba entónces entregada á disensiones, que hacian de sus provincias una presa tan halagüeña como fácil.

El schah Husein luchaba sin ventaja contra un teniente rebelde, al paso que, por otro lado, los Lesghines devastaban el Chirvan. Saquearon aquellos bárbaros la ciudad de Schamakhie, donde los comerciantes rusos esperimentaron una pérdida considerable. Principia Pedro por asegurarse de la neutralidad de la Turquía; en seguida reune un ejército de treinta mil hombres en Astrakan, donde se embarcó con su infantería, acompañado de Catalina. Las tropas desembarcaron cerca del golfo de Agrakhan. El chamkal de Tarkon y el sultan de Axai se sometieron sin resistencia. Despues de varios encuentros y escaramuzas, entró por fin Pedro en la ciudad de Derbent, que llaman los Turcos *la Puerta de hierro*.

Sin embargo, la estacion y el clima habian hecho perecer mas de la mitad de las tropas de la espedicion; y Pedro, que temia verse sorprendido por la mala estacion, se volvió á Moscou, donde dió cuenta á Romodanovski de los resultados de aquella campaña, con el aparato acostumbrado de sus triunfos militares.

La Persia quedó por algun tiempo todavía repartida entre Husein y Mahmud. Este último probó de armar la Puerta contra el czar; los príncipes del Daghestan, despojados por los Rusos, se quejaron al divan, quien tenia sus recelos por la Jeorjia. No se le ocultaba que, una vez dueña la Rusia del Cáucaso, lo seria bien pronto del mar Negro y del mar Caspio. Los gabinetes de Viena y Paris impidieron un rompimiento por consideraciones especiosas apoyadas con amenazas. El Gran Señor se ciñó á tomar medidas de precaucion, y Pedro tuvo la maña de hacerle creer que tenia mas interés en partir con él los despojos de la Persia, que en emprender una guerra gravosa. Sin entrar en pormenores que nos detendrian demasiado, nos contentarémos con decir que, en virtud del tratado de Ismael-Beg, reunió el czar á sus estados, no solamente las ciudades de Bakhu y de Derbent, sino tambien las tres provincias de Guilan, del Mazanderan y de Asterabath. La Turquía ganó por su parte Tauris, Erivan y algunas otras plazas.

Los asuntos del Oriente no ocupaban de tal modo al czar que dejase por eso de proseguir al mismo tiempo intereses de alianza. El jóven duque de Holstein, aquel sobrino de Cárlos XII, prisionero de los Rusos despues de la batalla de Poltava, habia sabido granjearse el afecto de Pedro, al que destinaba Ana su hija. La trasmision de la corona de Suecia á Federico despojaba al protejido del czar de sus derechos á la sucesion. Obtuvo Pedro que, á falta de heredero directo, recaeria la corona en aquel príncipe jóven.

Pedro, á su vuelta de la Persia, tuvo todavía que castigar á las personas que habian hecho exacciones indebidas; y viendo que su salud iba declinando, quiso que la esposa que él habia elevado, fuese coronada con toda solemnidad. Un año habia trascurrido ya, desde que un manifiesto habia preparado la Rusia á esta elevacion estraordinaria, motivada en los servicios que habia hecho al czar, con particularidad en la campaña de Turquía. Coronó á Catalina en 1724, á su vuelta de las aguas termales de Olonetz. Con esta ceremonia solemnizó su reconocimiento hácia una compañera de sus afanes. Se dice, hablando de aquella coronacion, que Pedro desdeñó la costumbre antigua, en virtud de la cual venian los diputados de las diferentes órdenes del estado á suplicar al czar que aceptase el cetro. Aquella ceremonia no podia verificarse, porque Pedro no abdicaba en favor de su esposa; solo la asociaba á la corona, y dicha ceremonia no se habia efectuado mas que una sola vez, bajo el reinado del falso Dmitri, en favor de Marina. Como quiera que sea, él mismo la revistió con los atavios del poder soberano.

Pedro afectó desplegar en aquella solemnidad una gran pompa, como si hubiese creido necesario reemplazar, con un aparato fastuoso, todo lo que faltaba á Catalina del lado del nacimiento y de las ilustraciones vulgares. Aquel acto parecia darle implícitamente el derecho de sucederle, y asegurarlo al mismo tiempo á sus hijos, escluyendo al hijo de Alexis que vivia todavía. « Esta, decia el czar mostrando aquella nueva corona, esta confiere á Catalina el derecho de reinar quizás un dia, ella ha salvado el imperio en el Pruth, ella sabrá sin duda conservar todos nuestros útiles establecimientos. » Mas nos parece mas probable que han prestado aquellas palabras al czar para lejitimar la sucesion de Catalina. Si Pedro efectivamente usó de aquel lenguaje que le presta Kaminski, se vé á las claras que no estaba todavía decidido á dejarla el imperio: por otro lado, la palabra *quizás* es esclusiva de la palabra *derecho*. Es muy posible que Pedro no quiso darlo todo á la vez, y la consecuencia ha probado que Catalina olvidó lo que debia á su bienhechor, cuando ya no tuvo nada que esperar. A la coronacion sucedieron los desposorios de la princesa Ana con el duque de Holstein; mas se celebraron sin aparato. La enfermedad del czar empeoraba, y pesadumbres domésticas acibararon aun mas sus padecimientos físicos. La esclava de Marienburgo no aguardó que el emperador hubiese cerrado los ojos. Su chambelan Moens, hermano de la antigua rival de la czarina Eudoxia, le hizo olvidar la fe conyugal. No tardó Pedro mucho tiempo en advertir que la emperatriz no era ya para él aquella Catalina tan rendida, cuya mano le cuidaba en sus enfermedades, y cuya presencia calmaba, como por majia, sus enfados. Busca pues el motivo de aquella mudanza, y la triste verdad aclaró bien pronto sus dudas. Nos valdrémos aquí de la pluma de Mr. Segur, que traza, con su enerjía acostumbrada, la escena mas dramática de la vida privada de Pedro el Grande: « La córte se hallaba entónces en Peterhof; el príncipe Repnin, presidente del colejio de la guerra, dormia no lejos del czar; eran las dos de la noche; ábrese de repente la puerta del cuarto de aquel mariscal; pasos atropellados y precipitados le despiertan sobresaltado; sorprendido, tiende la vista por todas partes; era Pedro el Grande. Estaba en pié delante de su cama; sus ojos estaban encendidos de furor; sus facciones estaban mudadas por una rabia convulsiva. Repnin dijo que se creyó perdido á este aspecto terrible, y que permaneció inmóvil: mas su amo, con voz cortada y casi sin aliento, le dijo con esclamacion: *¡ Levántate ! ¡ Háblame ! no tienes necesidad de vestirte*, y el mariscal obedeció temblando. Solo entónces fué cuando supo que el czar, guiado por un aviso harto fiel, habia penetrado súbitamente en el cuarto de Catalina; que el crímen se hallaba descubierto, la ingratitud averiguada; ¡que al amanecer caería la cabeza de Catalina! ¡el emperador se hallaba muy resuelto á hacerlo! El mariscal aseguró despues que, recobrando la voz poco á poco, convino en el horror de una perfidia tan horrenda, pero que hizo la observacion á su amo de que nadie era sabedor del crímen; que era preciso no darle publicidad; que enardeciéndose entónces se habia atrevido á recordarle la matanza de los estreletzes; que despues, cada año habia sido ensangrentado con nuevos suplicios; que en fin, despues de la prision de su hermana, de la condena de su hijo, de la flajelacion y reclusion de su primera mujer, si todavía hacia cortar la cabeza á la segunda, la Europa no le miraria sino como un príncipe feroz, sediento de la sangre de sus súbditos y de la suya propia. Añadió que el czar podia darse una satisfaccion, haciendo perecer á Moens por otros motivos; que en cuanto á la emperatriz, él hallaria medios de deshacerse de ella, sin que su gloria se menoscabase. Miéntras que Repnin hablaba de este modo, el czar, inmóvil y en pié delante de él, le fijaba la vista devorándole, guardando un silencio feroz. Mas bien pronto, como sucede en las grandes conmociones, su cuello se torció há-

cia el lado izquierdo, y sus facciones hinchadas, contrayéndose convulsivamente, manifestaron la lucha terrible que le tenia fuera de sí. Repentinamente se arroja fuera del cuarto en la sala inmediata; durante dos horas, se pasea en ella á pasos preciptados; despues, volviendo á entrar repentinamente como un hombre determinado, arroja estas palabras á Repnin: *¡Moens vá á perecer!* vijílase de tal modo á la emperatriz, que su primera falta le costará la vida.» Moens fué condenado á ser decapitado, por haber, como lo decia la sentencia, traficado de su crédito con la emperatriz. Pedro condujo por sí mismo á su esposa al sitio del suplicio: dicen que manifestó tanta indiferencia, que se ciñó á espresar su sorpresa de que hubiese tanta corrupcion entre los cortesanos. ¿Cómo cabe esplicar aquellas palabras de Catalina? ¿podia acaso ignorar el verdadero motivo de la condena de Moens? Preténdese que Pedro habia provocado la infidelidad de su esposa, dando una preferencia señalada á la princesa Cuntemir.

Desde 1722 habia sentido Pedro algunos síntomas del mal que le condujo al sepulcro. Aunque paciente, hizo la campaña de Persia, esponiéndose, como los soldados, á todas las fatigas, á todas las privaciones. Fueron despues en aumento sus dolores; entónces se vió precisado, á pesar de su repugnancia, á ponerse en cura; fué á tomar baños termales, á Olonetz, que le aliviaron algun tanto. Despues de la coronacion de Catalina, hizo el achaque nuevos progresos, y se agravó con el descubrimiento de la traicion de la emperatriz. Pocos dias despues de la ejecucion de Moens, se esparció la voz repentinamente de que peligraban los dias del czar. Era preciso hacerle una operacion dolorosa; Pedro la sufrió, pero con mucha angustia. Durante tres meses, el vigor de su temperamento resiste al mal y á la enerjía de los remedios: en fin, la naturaleza, mas fuerte que el arte, triunfa; y el primer uso que hace de sus fuerzas es volver á su vida activa. Del 5 al 6 de noviembre volvieron á aparecer sus dolores, acompañados de síntomas muy alarmantes.

El 17 de enero de 1721, quiso asistir á la bendicion del agua; ya fuese que el cansancio escediese á sus fuerzas, ya fuese que algun otro esceso hubiese provocado una crísis fatal, volvió Pedro á echarse en la cama, desde el siguiente dia, de la que no salió sino para el sepulcro. Durante diez dias agotáronse los restos de su vigor contra los progresos del mal. A veces el esceso de sus dolores le arrancaba gritos; á veces, como indignado de su debilidad y de la dependencia en que el cuerpo retiene al alma: «¡Bien se ve en mí, decia, que el hombre no es mas que un cuitado animal!» Mas bien pronto rechaza aquella idea de materialismo, contra la cual habia sido su vida entera una magnífica protesta; harto ya de las glorias y sufrimientos de la tierra, se vuelve hácia el cielo, recibe los socorros de la relijion, y para que la obra de su salvacion no sea estéril para sus súbditos, ordena que se paguen todas sus deudas, y que se abran las cárceles. «Me atrevo á esperar, decia, que Dios echará sobre mí una mirada de clemencia por todo el bien que he hecho á mi pais.» Los dos últimos dias de aquella vida tan activa fueron una lenta y cruel agonía. En aquellos momentos solemnes, pareció haber olvidado las faltas de la emperatriz; la necesidad de la misericordia celeste le hizo sin duda induljente con las flaquezas humanas, recomendó con particularidad á Catalina su academia de las ciencias; mostrándole Ostermann: *La Rusia*, dijo, *no puede pasar sin él; es el único que conoce sus intereses*. Por último, sometiendo á su voluntad hasta las mas mínimas circunstancias que van á nacer de esta muerte que le apresura, arregla él mismo el ceremonial de sus funerales, y fija el tiempo del luto. Sin embargo, el acto postrero de la vida de un soberano, el que debe encadenar un reinado al suyo, estaba aun suspendido; dijo que queria escribir sus últimas voluntades; mas sus miembros se hallaban ya paralizados. Su mano trémula y helada no pudo trazar mas que algunos

MOSCOU. MOSCOU.

39

Cadolle del. Lemaitre direxit. Gibert Sc.

Eglise de l'Assomption à la Pokrovka.

Iglesia de la Asuncion en Pokorovka